

PARTE I. los individuos de esta liga eran movidos sin duda únicamente por envidias personales; pero otros muchos entraban en ella disgustados de la necia y arbitraria conducta del monarca.

En 1462 la reina había dado á luz una hija que se llamó Juana como su madre, pero que por su presunto padre D. Beltran de la Cueva, fué mas conocida en el progreso de su triste historia con el sobrenombre de *la Beltraneja*. Enrique había exigido que se le prestara el acostumbrado juramento como á heredera de la corona; pero los confederados reunidos en Burgos declararon que este juramento se había hecho por fuerza, y que muchos de ellos habían protestado entonces privadamente por estar convencidos de la ilegitimidad de D.<sup>a</sup> Juana: enviaron al rey una representacion de agravios en que le pedían les entregase á su hermano Alonso para reconocerle públicamente por su sucesor; referían los muchos abusos que se habían introducido en todos los ramos del gobierno, achacándolos sin rebozo á la funesta influencia que ejercía en el ánimo del rey el privado D. Beltran de la Cueva; lo que sin duda era la verdadera causa de una gran parte de su irritacion patriótica. En fin, formaron una liga sancionada con todas las ceremonias religiosas acostumbradas en tales ocasiones, obligándose á no volver al servicio de su soberano, ni aceptar de él ningún favor, hasta que hubiese hecho justicia á sus agravios <sup>14</sup>.

El rey, que con una política fuerte acaso hubiera podido cortar estos movimientos revolucionarios en su origen, era opuesto por naturaleza á medidas violentas y aun vigorosas. Al obispo de Cuenca su antiguo ayo, que le recomendaba estas medidas, le dijo: "vosotros los clérigos, que no teneis obligacion de ir á la pelea, sois muy liberales con la sangre de los demas." A lo cual replicó el prelado con mas fervor que compostura: "Pues que vos no defendeis como corresponde vuestro honor en este trance, viviré para veros el monarca mas degradado de España y entonces os arrepentiréis, aunque ya tarde, de esta poquedad que no es de sazón <sup>15</sup>."

14 Véase el memorial presentado al rey, que está inserto en Marina, Teoría, t. III, apéndice núm. 7.—Castillo, Crónica, cap. 58, 64.—Zurita, Anales, lib. 17, cap. 56.—Lebrija, Hispanarum rerum Ferdinando rege et Elisabeth regina gestarum Decades (ap. Granatam, 1545), lib. 1, cap. 1, 2.—Alonso de Palencia, Crónica MS., parte 1, cap. 6. Bernaldez, Reyes Católicos, manuscrito, cap. 9. 15 Castillo, Crónica, cap. 65.

Enrique, sin hacer caso de los consejos y representaciones de los que andaban á su lado, se decidió por el partido mas suave de concierto. Consintió en tener una entrevista con los confederados, en la cual el marqués de Villena con sus persuasivos razonamientos le indujo á acceder á la mayor parte de las peticiones de aquellos: les entregó á su hermano Alonso para que se le reconociera como legítimo heredero de la corona, bajo la condicion de que había de casarse con D.<sup>a</sup> Juana; y quedó convenido que se nombraría de comun acuerdo una junta de cinco personas para deliberar acerca del estado del reino, y hacer una reforma completa de los abusos <sup>16</sup>. Pero el resultado de esta deliberacion fué tan contrario á la autoridad real, que fácilmente se pudo persuadir al débil monarca á que desaprobase lo hecho por la junta, á pretesto de connivencia con sus enemigos, y aun á intentar la prision de las personas que la componían. Los confederados, desabridos con este quebrantamiento de la fe pactada, y acaso deseosos de continuar sus antiguos planes, resolvieron proceder inmediatamente á la ejecucion de una medida audaz, que algunos escritores denuncian como atentado flagrante de rebelion, y otros defienden como acto justo y conforme á las leyes fundamentales.

En un llano inmediato á la ciudad de Ávila hicieron levantar un tablado bastante alto para que se pudiera ver desde todos los alrededores. En él colocaron un trono, y sobre éste una imágen del rey Enrique, sentado, con manto real y con todas las insignias de soberano, la espada al costado, el cetro en la mano y la corona en la cabeza. Hecho esto, leyeron un manifiesto en que esponían con vivos colores la tiránica conducta del rey, y la consiguiente resolucion de deponerle; probando su derecho á hacerlo con diversos ejemplos sacados de la historia de la monarquía. Despues subiendo al tablado, primero el arzobispo de Toledo quitó la diadema de la cabeza de la estatua, luego el marqués de Villena le arrancó el cetro, el conde de Palencia la espada, el gran maestre de Alcántara y los condes de Benavente y de Paredes las demas insignias reales; y despojada así la

Deponen á Enrique IV en Avila. 1465.

16 Véanse las copias de los documentos originales, que se conservan aún en el archivo de la casa de Villena, en Marina, Teoría, t. III, parte 2, apéndices 6, 8.—Castillo, Crónica, cap. 66, 67 — Alonso de Palencia, Crónica MS., parte 1, cap. 57.



PARTE I. imágen de sus honores, la arrojaron al suelo en medio de la confusion de lamentos y clamores de la multitud. En seguida pusieron en el trono vacante al príncipe Alfonso, que á la sazón solo tenia once años, y los grandes allí reunidos le besaron uno en pos de otro la mano en señal de fidelidad. Las trompetas anunciaron el complemento de la ceremonia, y la plebe saludó con alegres aclamaciones y vivas el advenimiento de su nuevo soberano <sup>17</sup>.

Tales son las circunstancias de este extraordinario acontecimiento, segun las refieren los dos historiadores contemporáneos de las facciones opuestas. Llegó la noticia con la celeridad con que suelen ir las malas nuevas á los puntos mas distantes del reino. El púlpito y el foro resonaron con las voces de los que disputaban negando ó sosteniendo el derecho de los súbditos á ser jueces de la conducta de su soberano. Cada uno tenia que elegir partido en esta desgraciada division del reino. Enrique fué recibiendo avisos de haberse alzado las ciudades capitales de Burgos, Toledo, Córdoba, Sevilla y una gran parte de las provincias del Mediodía, en donde tenian sus estados algunos de los primeros parciales de la faccion contraria. El desdichado monarca, así abandonado de sus súbditos, cayó sin esperanza; y en el extremo de su dolor llegó á esclamar con las terribles palabras de Job: ¡Desnudo vine del vientre de mi madre, y desnudo he de volver á la tierra! <sup>18</sup>

Sin embargo, una gran parte de la nacion desaprobó el tumultuoso proceder de los confederados. Por mas que los pueblos despreciasen la persona del rey, no estaban dispuestos á ver degradada la autoridad real. Se movieron tambien en cierto modo á compasion por un príncipe, cuyos defectos, ó por lo menos los políticos, debian atribuirse á incapacidad de entendimiento y á los malos consejeros, mas bien que á perversidad del corazon. Entre los nobles que se declararon á su favor, eran los mas notables *el buen conde de Haro*, y la familia de los Mendozas, dignos vástagos de un ilustre tronco. Los estados del marqués de Santillana, cabeza de esta casa, estaban principalmente en Asturias, y le habian dado mucha influencia en las provincias del

<sup>17</sup> Alonso de Palencia, Crónica MS., parte 1, cap. 62.—Castillo, Crónica, cap. 68, 69, 74.

<sup>18</sup> Alonso de Palencia. Crónica MS., parte 1, cap. 63, 70.—Castillo, Crónica, cap. 75, 76.

Norte <sup>19</sup>, cuyos habitantes en su mayor parte se conservaban fieles y adictos á la causa del rey. CAP. III.

Así que, despachados los apellidos de Enrique para que le acudiesen sus súbditos leales capaces de llevar armas, le respondieron un gran número, que hubo de exceder con mucho al de sus contrarios. Su cronista le hace subir á setenta mil peones y catorce mil de á caballo. Mucha menos fuerza, bajo la direccion de un buen gefe, hubiera bastado indudablemente para apagar el creciente fuego de la rebelion; pero el genio de Enrique le inclinaba á adoptar una política conciliadora y probar todos los medios de avenencia antes de llegar á las armas, sin reparar que en lo primero no era capaz de resistir á los confederados, ó mas bien al marqués de Villena su representante en tales casos. Este caballero, que habia trabajado con tanto calor con su partido para conferir el título de rey á D. Alfonso, se llevaba la intencion de reservarse para sí el mando. Despues, viendo probablemente que era mas difícil de lo que pensara dirigir las operaciones de la celosa y ambiciosa grandeza con quien se habia asociado, procuró ayudar al partido opuesto á que conservase suficiente grado de poder con que contrarrestar al de los confederados, para hacer de este modo mas necesarios que nunca sus servicios á los últimos, y proporcionarse al mismo tiempo segura retirada para sí en el caso de la destruccion de sus compañeros <sup>20</sup>.

Conforme á esta doble política, poco despues de las ocurrencias de Ávila, entabló tratos secretos con su antiguo señor, y le sugirió la

<sup>19</sup> El célebre marqués de Santillana murió en 1458, á la edad de 60 años. (Sanchez, Poesías castellanas, t. 1, p. 23.) El título pasó á su hijo mayor D. Diego Hurtado de Mendoza, á quien sus contemporáneos consideran digno de su padre: profesaba como él amor á las letras; se distinguia por su magnanimidad y pundonor caballeroso, por su moderacion, constancia y lealtad á su soberano nunca desmentida; virtudes de raro precio en aquellos tiempos de rapiñas y turbulencias. (Pulgar, Claros

Varones, tít. 9.) Fernando é Isabel le ensalzaron á la dignidad de duque del Infantado; el nombre de este estado trae origen de haber sido en otro tiempo patrimonio de los infantes de Castilla. Véase á Salazar de Mendoza, Monarquía, t. 1, p. 219; y Dignidades de Castilla, lib. 3, cap. 17.—Oviedo, Quincuagenas, MS., bat. 1, quinc. 1, diál. 8.

<sup>20</sup> Alonso de Palencia, Crónica MS., parte 1, cap. 64.—Castillo, Crónica, capítulo 78.



PARTE I. idea de terminar sus diferencias por algun convenio amistoso. Llevado de estas indicaciones, Enrique accedió á entrar en negociacion con los confederados; y convinieron que se despedirian las fuerzas por ambas partes, y abria suspension de hostilidades por seis meses, en cuyo término se veria de encontrar algun medio de reconciliacion sólida y definitiva. Enrique, en cumplimiento de lo pactado, licenció al punto sus soldados. Estos se retiraron llenos de indignacion al ver con cuánta facilidad se deshacia el rey de los únicos medios de defensa que tenia, y que no podrian ayudarle cuando él abandonaba de esa manera sus propios intereses <sup>21</sup>. No hay por qué averiguar las refinadas intrigas con que el marqués de Villena procuró deshacer los proyectos de un concierto final entre las partes: baste decir que fué por último execrado por todos como causa y origen verdadero de todas las turbaciones del reino. Entre tanto se daba el singular espectáculo de dos reyes, que mandaban en una misma nacion, tenian sus respectivos palacios y gobiernos, convocaban córtes, y finalmente ejercian todas las funciones de soberanos. Parecia que tal estado de cosas no podia durar, y que la fermentacion política que agitaba todos los ánimos de extremo á extremo del reino, y que á las veces se manifestaba en tumultos y atropellos, iba á estallar pronto con todos los horrores de la guerra civil.

Proposicion para el enlace de Isabel. En estas circunstancias se hizo á Enrique una propuesta para separar á la poderosa familia de Pacheco de la causa de los confederados, mediante el casamiento de su hermana Isabel con el hermano del marqués de Villena D. Pedro Giron, gran maestro de la orden de Calatrava, caballero de miras ambiciosas y uno de los parciales mas activos de su bando. Decíase que el arzobispo de Toledo naturalmente seguiria los intereses de su sobrino, y que de este modo, privada la liga de sus principales apoyos, muy presto habria de venirse al suelo. El ánimo abyecto de Enrique, en lugar de tomar esta proposicion como una afrenta hecha á su honor, la recibió con alegría, contento de poder comprar el reposo aunque fuera con el sacrificio mas humillante: aceptó las condiciones; se acudió á Roma para la dispensa de los votos de castidad que tenia hechos el gran maestro como persona de orden religiosa, y se comenzaron al punto los preparativos para las cercanas bodas <sup>22</sup>.

<sup>21</sup> Castillo, Crónica, cap. 80, 82.

<sup>22</sup> Rades y Andrada, Crónica de las

Isabel tenia entonces diez y seis años. Cuando murió su padre, se habia retirado en compañía de su madre á la pequeña villa de Arévalo, en donde, aislada y lejos de la voz de la lisonja y del engaño, habia podido desarrollar sus gracias morales y físicas, que pudieran haberse marchitado con la pestilente atmósfera de la corte. Allí, al lado de su madre, fué instruida con particular esmero en aquellas máximas de piedad práctica y de profunda devocion religiosa que distinguieron su edad adulta. Cuando nació la princesa D.<sup>a</sup> Juana, trasladaron á Isabel y su hermano Alfonso, por orden de Enrique, al palacio real, para desaliento de los que intentaran levantar algun bando contrario á los intereses de la supuesta hija de aquel monarca. En esta mansion del placer, rodeada de todos los incentivos que mas deslumbran á la juventud, no olvidó Isabel las primeras lecciones que habia recibido, y su irreprochable pureza resplandecía con mayor brillo en medio de las escenas de disolucion y licencia que la rodeaban <sup>23</sup>.

La proximidad de Isabel á la corona, y juntamente su carácter personal, atraian numerosos pretendientes á su mano. Primero la solicitaron para el mismo Fernando, que mas tarde habia de ser su marido, aunque no sin haber experimentado muchas contrariedades; fué luego prometida al hermano mayor de aquel, D. Carlos; y algunos años despues de la muerte de éste, estando la princesa en los trece de su edad, fué ofrecida por Enrique á D. Alfonso de Portugal. Isabel asistió en compañía de su hermano á una entrevista con aquel monarca en 1464; pero ni las súplicas ni las amenazas la pudieron hacer consentir en un enlace tan desproporcionado por la desigualdad de edades; antes con la discrecion que la distinguia, aun en aquella juvenil edad, apoyó su negativa diciendo: "que no se podian dar en matrimonio las infantas de Castilla sin el consentimiento de los nobles del reino <sup>24</sup>."

Ahora pues cuando Isabel supo de qué manera iba á ser sacrificada

tres órdenes y caballerías (Toledo, 1572), p. 789.—Castillo, Crónica, capítulo 37. fol. 76.—Castillo, Crónica, cap. 85.—  
Alonso de Palencia, Crónica MS., parte 1, cap. 73.

<sup>24</sup> Aleson, Anales de Navarra, t. iv, pp. 561, 562.—Zurita, Anales, lib. 16, cap. 46, lib. 17, cap. 3.—Castillo, Crónica, cap. 31, 57.—Alonso de Palencia, Crónica MS., cap. 55.



PARTE I. al interes y política de su hermano, y que para conseguirlo se emplearían, si necesario fuese, hasta los medios mas violentos, se llenó de la Projecto de casar á Isabel con el gran maestro de Calatrava.  
 rian, si necesario fuese, hasta los medios mas violentos, se llenó de la mas viva angustia y dolor. El maestro de Calatrava era bien conocido como gefe de partido, feroz y turbulento; y su vida particular estaba manchada con la mayor parte de los vicios licenciosos de la época. Hasta se le acusaba de haber osado atentar contra el retiro de la reina viuda, madre de Isabel, con viles é insultantes propuestas: enorme ultraje que el rey ó no tenía poder de castigar, ó no se sentia con el honor necesario para hacerlo <sup>25</sup>. ¡Con esta persona de estirpe tan inferior, y todavía mas indigna por las otras cualidades, había de enlazarse Isabel! Al recibir tal noticia se retiró á su aposento, y no comió ni durmió en todo un día y una noche, dice un escritor contemporáneo, rogando al cielo con el mayor fervor que la salvase de esta deshonra por su propia muerte ó la de su enemigo. Lamentándose de su desgracia con su fiel amiga Beatriz de Bobadilla, esta animosa jóven exclamó: "no lo permitirá Dios, ni yo tampoco;" y sacando un puñal, que llevaba escondido para el caso, juró solemnemente hundirle en el corazon del maestro de Calatrava en cuanto se presentase <sup>26</sup>.

Felizmente no se habia de poner su fidelidad á tan dura prueba. El gran maestro, recibida la bula de dispensacion del Papa, renunció sus dignidades de la órden, y empezó á hacer para sus bodas suntuosos preparativos, cual correspondia á la clase de la presunta novia. Acabados éstos se puso en camino, rodeado de un brillante acompañamiento de amigos y secuaces, desde el convento de Almagro para Madrid, en donde habian de celebrarse las bodas. Pero en la primera noche siguiente á su partida fué acometido de una grave dolencia que terminó su vida á los cuatro dias, en Villarubia, pueblo no muy apartado de Ciudad-Real. Murió, dice Palencia, profiriendo imprecacio-

Repentina muerte del gran maestro.  
1466.

<sup>25</sup> Décadas de Palencia, en las Memorias de la Academia de la Historia, t. vi, p. 65, nota.

<sup>26</sup> Alonso de Palencia, Crónica MS., cap. 73.—Mariana, Historia de España, lib. 23, cap. 9.—Garibay, Compendio t. II, p. 532.

Esta jóven, D<sup>ña</sup> Beatriz Fernandez de Bobadilla, la amiga personal mas íntima

de Isabel, se nombrará muchas veces en el discurso de nuestra historia. Gonzalo de Oviedo, que la conoció, dice: que "ilustraba su noble linaje con su conducta discreta, virtuosa y valiente." (Quincuagenas, MS., diálogo de Cabrera.) El último epíteto, raro, tratándose de una mujer, no era inmerecido.

nes porque no habia durado su vida algunas semanas mas <sup>27</sup>. Muchos atribuyeron su muerte á veneno que le dieron algunos nobles envidiosos de su fortuna. Pero no obstante lo oportuno del suceso, y lo ordinario de este crimen en aquel tiempo, jamas ha recaído la menor sombra de acusacion sobre la pura fama de Isabel <sup>28</sup>.

La muerte del gran maestro dispó en un instante los planes urdidos con tanta sagacidad por el marqués de Villena, quitando toda esperanza de avenencia entre los partidos. Las pasiones, que solo se habian amortiguado, estallaron entonces en abierta guerra, y se determinó encomendar la resolucion del asunto á la suerte de una batalla. Los dos ejércitos se encontraron en los llanos de Olmedo, los mismos en que veinte y dos años antes D. Juan, padre de Enrique, habia visto haciéndole rostro á sus súbditos rebelados. El ejército real era mayor con esceso; pero en el otro suplía la falta de número el ánimo intrépido de sus caudillos. El arzobispo de Toledo venia á la cabeza de sus escuadrones, y se señalaba por su rico manto de escarlata, en él bordada una cruz blanca, y por debajo la armadura. El jóven príncipe Alfonso, que escasamente tenia catorce años, iba á su lado vestido tambien de cota de malla. Antes que empezara la pelea, el arzobispo envió un heraldo á D. Beltran de la Cueva, á la sazón ya duque de Alburquerque, advirtiéndole que no se espusiera á salir á la batalla, porque no menos que cuarenta caballeros habian jurado su muerte. Pero aquel valiente noble, que en ésta como en algunas otras ocasiones desplegó

CAP. III.

Batalla de Olmedo.

<sup>27</sup> Palencia dice que murió de anginas, Crónica MS., cap. 73.

<sup>28</sup> Rades y Andrada, Las tres Ordenes, fol. 77.—Caro de Torres, Historia de las órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara (Madrid, 1629), lib. 2, cap. 59.—Castillo, Crónica, cap. 85.—Alonso de Palencia, Crónica MS., cap. 73.—Gaillard dice acerca de este suceso: "cada cual creyó sobre esta muerte lo que quiso." Y en otra parte, á las pocas páginas, hablando de Isabel se espresa así: se observó que todos los que podian ser obstáculo á la satisfac-

cion de la fortuna de Isabel morian siempre oportunamente para ella." (Rivalité, t. III, pp. 280, 286.) A este ingenioso escritor le agrada mucho sazonar su estilo con sarcasmos picantes, en que se quiere significar mas de lo que se dice, y que Voltaire hizo de moda en la historia. Dudo, sin embargo, que aun en el calor de las disputas y facciones, haya habido un solo escritor de aquel tiempo, ni aun posterior, que se haya atrevido á imputar á Isabel ninguna intervencion en las afortunadas coincidencias á que alude el autor.